

BIOPOLÍTICA, BIOLOGÍA, NORMATIVIDAD: LA VIDA MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL

Marco Piasentier

(Università degli Studi di Helsinki)

BIOPOLYTICS, BIOLOGY, NORMATIVITY: LIFE BEYOND GOOD AND EVIL

DOI: 1017450/160211

Este artículo desafía una tendencia extendida en el debate contemporáneo sobre biopolítica, que consiste en infundir un valor moral intrínseco y normativo en la nuda vida. El resultado es una noción vitalista de la vida, base para plantear propuestas políticas que, al expresar su máxima esencia, se convierten en las únicas formas justas de política. Argumentaremos que las nociones morales de la vida surgen, pues, al combinar lo que Foucault define como el “umbral de la modernidad biológica”¹, la biopolítica contemporánea ha dejado atrás “el más inquietante de todos los huéspedes”². Aunque una parte decisiva de su filosofía tomara una dirección opuesta, en un pasaje parentético de *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche percibe la identidad de esta misteriosa figura:

1. M. Foucault, *Historia de la sexualidad 1*, Siglo XXI editores, Madrid, 2005, p. 85.

2. F. W. Nietzsche, *La voluntad de poder*, Edafe, Madrid, 1901, p. 7.

¿Se desea vivir *de acuerdo con la naturaleza*? Ah, nobles estoicos, qué mentirosas palabras... Imaginen ustedes un ser tal como la naturaleza, que es pródiga más allá de toda mensura, que no tiene intenciones ni propósito alguno, que carece de justicia y de clemencia, que es tan fértil como yerma e incierta en simultaneidad. Imaginen ustedes a la indiferencia misma como un poder... ¿De qué modo podrían vivir de acuerdo con tanta indiferencia?³

“El más inquietante de todos los huéspedes” es una figura de pura indiferencia ya que no tiene ningún propósito ni significado moral. Es, precisamente, esta noción de la nuda vida más allá del bien y del mal olvidada por la mayor parte de las teorías biopolíticas, una elección consecuencia de la elaboración de nociones morales y prescriptivas de la vida. Siendo conscientes de la vaguedad intrínseca en cada intento de categorización, determinaremos dos nociones de la vida sobre las cuales se basan dos versiones biopolíticas opuestas: una positiva y otra negativa. Al resumir estas dos definiciones, se crea una relación entre la filosofía continental y la biología evolutiva contemporánea.

1. Según el filósofo italiano Roberto Esposito, por la teoría de la evolución de Darwin y la crítica a la moral tradicional de Nietzsche, la noción de la vida se convierte en un concepto clave para moldear una nueva idea del ser humano⁴. Si Darwin demostró que el ser humano pertenece a la cadena general de especies vivientes, Nietzsche propuso una reevaluación de valores desde la perspectiva de la vida. El filósofo alemán afirmó que se debía desarrollar una nueva política libre de todos aquellos ideales metafísicos que sofocaron durante siglos todo potencial referente a la vida y que causaron su destrucción. Pese a la cultura tradicional, este se oponía a la “gran política” que “quiere hacer de la fisiología la señora con respecto a todas las demás cuestiones; quiere crear un poder lo suficientemente fuerte como para criar a la humanidad como un todo superior, con dureza despiadada contra lo degenerado y parasitario en la vida”⁵.

Esta visión de la vida supone una oposición entre salud y enfermedad; la vida sana y normal, distinta a la vida enfermiza. El desarrollo natural de la vida consolida su fuerza mediante un proceso de selección y purificación y, así, introduce en la naturaleza la idea de una escalera de perfección. No es coincidencia que la iconografía habitual de la teoría evolutiva sea un camino lineal y continuo hacia organismos superiores. Hay que tomarse en serio la noción de progreso que esta conlleva, ya que no es un pasaje externo

3. F. W. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, [Luis Benítez], Ediciones LEA, Ciudad de Buenos Aires, 2015, p. 9.

4. R. Esposito, “Politics and Human Nature” en *Angelaki*, 16, 3, 2011, pp. 77-84.

5. F. Nietzsche, “Fragmentos póstumos (diciembre de 1888)”, En E. Nolte, *Nietzsche y el nietzscheanismo*, Alianza Editorial, Madrid 1993, p. 211.

a Darwin, sino que puede encontrarse con facilidad en sus obras. En el *El origen de las especies*, por ejemplo:

Los habitantes del mundo en cada período sucesivo de la historia han derrotado a sus predecesores en la lucha por la vida, y son, en este respecto, superiores en la escala, y su estructura generalmente se ha especializado más, y esto puede explicar la creencia común, admitida por paleontólogos, de que la organización, en conjunto, ha progresado⁶.

2. Sin embargo, no es la única interpretación de la noción de la vida que permiten Nietzsche o Darwin. El concepto clave para visualizar una concepción alternativa de los seres vivos es lo que Nietzsche define como el “ennoblecimiento por degeneración”⁷, mientras que *fuerza y salud* las define como un afán por la aventura y la infección. Como Esposito expresa en *Bios*⁸, el pensamiento de Nietzsche, según se interprete, propone dos visiones opuestas de los seres vivos. En este segundo caso, la esencia de la vida es ese impulso por el peligro que posibilita una diferente noción de salud. La normalidad biológica ya no reside ni en la conservación de la pureza ni en la capacidad para impedir variaciones o patologías del organismo; más bien se halla en su integración dentro de un marco normativo distinto. En las palabras de Nietzsche: “El error comienza en el mundo orgánico: las cosas, substancias, atributos, actividades [...] estos son los errores específicos por medio de los cuales viven los organismos”⁹.

Si el error yace en el corazón de los seres vivos, el ser más fuerte logrará hacer valer la anomalía y la variabilidad de la vida, en su dimensión ontogénica y filogénica. En un texto crucial dedicado a Canguilhem: *La vida. La experiencia y la ciencia*, Michel Foucault conceptúa la vida basándose en el doble significado del término *error*. La etimología de la palabra viene del latín *error-oris* y significa “divagar” y “equivocarse”. La alusión de Foucault a este término es evidente en “la vida está destinada a ‘errar’ y a ‘equivocarse’”, y ha de entenderse como desviación de la verdad. En lugar de hipostasiarse hacia un curso lineal, la vida asume riesgos tomando nuevos rumbos y, así, la anomalía que precisa el desviarse de una ruta inicial se vuelve su característica principal, su esencia más fundamental.

6. C. Darwin, *El origen de las especies*, [Antonio de Zulueta, trad.], Alianza Editorial, 25ª edición, Madrid, 2009, p. 438.

7. F. W. Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, Edaf S. A., Madrid, 2003, p. 170.

8. R. Esposito, *Bios. Biopolítica y filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, 1ª edición.

9. F. W. Nietzsche, *Studiensausgabe*, vol. XIII, München, Berlin, New York, 1967, p. 69 (Cita traducida aquí del inglés al castellano).

No ha sido posible constituir una ciencia del ser vivo sin tener en cuenta, como esencial a su objeto, la posibilidad de enfermedad, muerte, monstruosidad, anomalía y error..., en esta acepción, la vida –y este es su rasgo radical– es lo que es capaz de cometer errores. Y quizás sea este dato o, más bien, esta eventualidad fundamental a la que hay que hacer responsable por el hecho de que la pregunta de anomalía impregne de un lado al otro a la biología. Y también hay que hacerle responsable por las mutaciones y los procesos evolutivos a los que conduce¹⁰.

La influencia de Nietzsche hace eco de las palabras de Foucault. Ni la enfermedad más peligrosa supone riesgo de infección: lo supone el evitar su peligro. La anomalía penetra en la vida y permite su transformación. “La posibilidad de enfermedad, muerte, monstruosidad, anomalía y error”¹¹ debe ser considerada una posibilidad para imaginar nuevas formas de vida.

3. Curiosamente, en *La estructura de la Teoría de la Evolución*, el paleontólogo Stephen J. Gould cita *La genealogía de la moral*, sosteniendo que en ese texto Nietzsche capta lo más revolucionario de la teoría de Darwin. El centro de la innovadora noción de la vida de Nietzsche parte de su crítica a los “biólogos ingleses”. Esta expresión no identifica a un grupo de científicos con la misma nacionalidad, sino con una metodología común derivada del darwinismo social. Cuando Nietzsche habla de los “biólogos ingleses”, se refiere a aquellos científicos conocidos hoy como darwinistas sociales, principalmente, a Herbert Spencer. La crítica a la “ingenuidad de los biólogos ingleses”¹² es el punto de encuentro entre Gould y Nietzsche, lo que Gould definió como un entendimiento panglosiano de la historia natural. En la obra *Cándido* de Voltaire, el filósofo, el Dr. Pangloss, afirma que todo lo que hay en el mundo ha sido creado con un propósito que ha de entenderse como normativo:

Está demostrado, decía Pangloss, que las cosas no pueden ser de otra manera, pues como todo está hecho con un fin, es para el mejor fin. Y así, las narices fueron hechas para llevar antiparras, y por eso antiparras tenemos; que las piernas fueron visiblemente instituidas para que las enfundásemos, y tenemos calzones... y como los cerdos han nacido para que se los coman, comemos cerdo todo el año;

10. M. Foucault, “Life. Experience and Science”, en *Essential Works of Foucault, 1954-1984*, 2, *Aesthetics, Method, and Epistemology*, Penguin, London, 2000, pp. 474-476.

11. *Ibid.*

12. F. W. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Edaf S. A., Madrid, 2000.

por consiguiente, los que afirman que “todo está bien”, han afirmado una necedad, pues debieron decir que todo está “lo mejor posible”¹³.

Los “biólogos ingleses” son panglosianos, sostienen que la evolución ha creado cada rasgo para una función determinada que contribuya a una mejor adaptación del organismo. Si cada rasgo tuviera una función, violar su propósito natural constituiría oponerse a la naturaleza. El fin de un rasgo se puede mejorar lineal y progresivamente, pero está prohibido usar tal rasgo con otros fines. Con el *paradigma panglosiano*, la biología se vuelve sinónimo del destino e introduce un fuerte valor normativo en la naturaleza. En su interpretación más originaria y radical, el *paradigma panglosiano* solo permite mejorar las funciones de los rasgos adaptativos y considera toda desviación de su función original una anomalía peligrosa: las alas fueron hechas para volar (nivel descriptivo) y han de usarse solo con ese fin (nivel prescriptivo). El mismo argumento se aplica a los seres humanos, al ser también animales, por lo tanto, el cuerpo y el comportamiento de las mujeres ha evolucionado para el cuidado de los hijos (nivel descriptivo) y, por ello, tienen que cuidarlos (nivel prescriptivo). De no hacerlo, sus comportamientos serán disfuncionales y contranaturales. La función original de todo rasgo es normativa y el curso de la evolución es lineal, donde se eliminarán los organismos y rasgos no adaptativos. En su obra más exitosa, *Sociobiología: La nueva síntesis* (1975), E. O. Wilson explica la división de los géneros de una manera parecida:

En sociedades cazadoras recolectoras, los varones cazaban y las mujeres permanecían en casa. Este fuerte prejuicio persiste en la mayor parte de las sociedades agricultoras e industriales y, en ese solo respecto, parece tener un origen genético [...] Yo plantearía que el prejuicio genético es tan intenso que causa una división laboral considerable aún en las más libres e igualitarias de las sociedades cazadoras [...] Aún con los mismos estudios y con igualdad de oportunidad en todas las profesiones, es más probable que los varones lleguen a desempeñar un papel sobredimensionado en los ámbitos político, comercial y científico¹⁴.

Nietzsche y Gould desafían los argumentos panglosianos de los “biólogos ingleses” por no distinguir entre el uso actual de un rasgo y su origen histórico. El filósofo alemán

13. Voltaire, *Cándido o el optimismo*, [Antonio Espina, trad.], La Editorial, Madrid, 2000, pp. 76-77.

14. E. O. Wilson, *Sociobiology: The New Synthesis*, Belknap Press, Cambridge, 1975, pp. 48-50. (Cita traducida aquí del inglés al castellano).

y el paleontólogo estadounidense aseguran que la “ingenuidad de los biólogos ingleses” les permite identificar el fin de un rasgo (por ejemplo, los ojos para ver), “después colocan inocentemente esa finalidad al principio como *causa fiendi*”¹⁵. En cambio, la desvinculación del origen histórico de su función actual marca “el porqué de la contingencia e impredecibilidad en la historia, puesto que todo órgano, en el transcurso de su existencia, es sometido a una serie de leves cambios en su funcionamiento”¹⁶. La distinción entre el origen histórico y la utilidad actual de un rasgo demuestra el “origen in/originario”¹⁷ de los rasgos. Aunque Gould haya desarrollado la idea de la evolución como un curso no lineal independiente de Nietzsche, reconoce su semejanza con *La genealogía de la moral* y, como prueba de su afinidad, cita:

Por bien que se haya comprendido la utilidad de cualquier órgano fisiológico (o también de una institución jurídica, de una costumbre social, de un uso político, de una forma de las artes o en el culto religioso), aún no se ha comprendido nada en lo que respecta a su surgimiento, por incómodo y desagradable que esto pueda sonar... y es que desde antes se ha creído poder entender el fin demostrable, la utilidad de una cosa, forma o institución, como la razón de su surgimiento: el ojo se consideraba hecho para ver, la mano hecha para coger¹⁸.

4. La esencia in/originaria de la vida se entendería mejor con el ejemplo del “falso pulgar” del oso panda, dado por Gould¹⁹. Estos animales casi que solo comen bambú, y lo hacen de la siguiente manera: sujetan el bambú con las patas y podan las hojas de la vara pasándola entre lo que parece ser un pulgar flexible y los demás dedos. Gould explica esta anomalía probando que el “pulgar” del panda no es, en términos anatómicos, un dígito. Está formado por un hueso, el sesamoideo radial, que es un pequeño componente de la muñeca, y en los pandas, dicho hueso está engrosado y alargado de manera que es casi tan largo como los dígitos. El hueso yace debajo de una de las almohadillas de la pata delantera, mientras que los cinco dígitos forman la estructura de otra almohadilla, la palmar. Un surco poco profundo separa ambas almohadillas y sirve de conducto para las varas de bambú. Este pulgar del panda es un rasgo no adaptativo usado

15. F. W. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Edaf S. A., Madrid, 2000, p. 124.

16. S. J. Gould, *The Structure of Evolutionary Theory*, Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press, 2002, p. 1217. (Cita traducida aquí del inglés al castellano).

17. R. Esposito, *Bios. Biopolítica y filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, 1ª edición.

18. F. W. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 124.

19. S. J. Gould, *El pulgar del panda*, Grupo Planeta, Barcelona, 2006.

con una función adaptativa para manipular alimentos. Este ejemplo prueba cómo en la naturaleza ciertos rasgos son el efecto secundario de las restricciones estructurales del organismo y cómo estas no tienen una función intrínseca. En oposición al *paradigma panglosiano*, el dejar surgir las características in/originarias de los rasgos disuelve la pureza de su origen.

Este ejemplo traza un vínculo con la obra de arte famosa *La fuente* de Marcel Duchamp. Esta obra es uno de los gestos más provocadores e iconoclastas cuyo objetivo fue subvertir la producción artística tradicional. Duchamp transformó un objeto visceral de la sociedad industrial moderna –un orinal– en obra de arte. Con dicho gesto, la estética del siglo XX aprendió que el crear no tenía nada que ver con la pureza y la nobleza tradicional, sino que el ennoblecimiento se podía alcanzar por vía de la degeneración, la inmunización gracias a la contaminación, el arte a través de los productos seriales del mundo industrial. Todo rasgo, como todo objeto, es *carente*, y dicha carencia se vuelve su punto de partida, un exceso que le permite ser reaprovechado, redefinido. Esposito expresa su idea al escribir que, como solo Nietzsche, el de la “gran salud”, alcanzó a ver “la normalidad biológica no consiste en la capacidad de impedir variaciones, o incluso enfermedades, del organismo, sino en integrarlas dentro de una trama normativa distinta”²⁰. Cada rasgo está ligado a nuevas perspectivas ya que se puede aprovechar de varios modos, pues el verdadero riesgo no yace en las enfermedades del organismo, sino en su misma capacidad de enfrentarse a nuevos riesgos, tales como la atrofia de lo que es naturalmente peligroso en la vida.

5. Pese a la fuerte crítica al argumento normativo de los “biólogos ingleses”, esta descripción de los seres vivos parece nutrirse de una noción normativa que más que positiva –o mejor, positivista– se vuelve negativa e impone una labor continua de contestación y transformación contra toda clase de fosilización en trayectoria lineal. El ennoblecimiento del “error” conlleva una inversión de signos –de un fundamento positivo a uno negativo–, lo que no neutraliza por completo el horizonte normativo de la noción de la vida. El viajero es un “vagabundo” cuyo camino resulta no de optimizaciones y cálculos constantes, sino que es producto de las posibilidades disponibles. Canguilhem escribe: “la vida es de hecho una actividad normativa”²¹. Se ha de cuestionar la posibilidad de un rasgo fijo, ya que ello incapacitaría al poder creativo de la vida para establecer otros valores y funciones, y así, bloquear su fuerza normativa originaria. Citando una expresión foucaultiana: “la impaciencia de la libertad”, se diría que la vida tiene impaciencia

20. R. Esposito, *Bios. Biopolítica y filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006.

21. G. Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*, R. Harte (ed.), Siglo XXI Editores, Madrid, 2005, p. 92.

por el movimiento y la transformación, *impaciencia por la vida misma*. Su esencia es una fuerza cuyo propósito es ser el sitio de receptividad y redefinición permanentes, un exceso siempre desbordando en sus formas²².

Convendría describir la vida sin referirnos a cómo *deberían* ser las cosas, sino como un hecho que no transmite valor o juicio. Foucault afirma en su texto sobre Nietzsche que la genealogía es gris documentalista. Si quisiéramos ser coherentes con esta descripción gris y meticulosa de la genealogía, tendríamos que admitir que aún no hemos alcanzado el argumento genealógico de la vida, ya que el *élan vital* (o fuerza vital) sigue motivando a los seres vivos. La importancia crucial de la obra de los filósofos aquí considerada, ante todo la de Gould, no se pone en duda. Tenía como fin desafiar aquellos restos de lenguaje normativo y antropomórfico que arriesgan reintroducir una especie de diseño inteligente en el mundo natural. Según Darwin: “No parece que haya más plan en la variabilidad de los seres orgánicos y en la acción de la selección natural, que en la dirección en la que sopla el viento”²³. Creemos que esta debería de ser la idea que guíe el futuro de la biopolítica.

22. Para una interesante crítica del vitalismo, léase D. Tarizzo “The Untamed Ontology”, en *Angelaki, Journal of the Theoretical Humanities*, 16, 3, Routledge, London, 2011, pp. 54-5.

23. C. Darwin, *Autobiographies*, Penguin, London, 2002, p. 50.